

Preámbulo. De las colectivas feministas hacia (nuevas) circulaciones entre (algunas) juventudes y violencias en México y otros países latinoamericanos

Friedhelm Schmidt-Welle
Ibero-Amerikanisches Institut, Berlin, Alemania
schmidt-welle@iai.spk-berlin.de

Mauricio Zabalgoitia Herrera
*Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación,
Universidad Nacional Autónoma de México*
mauriciozabalgoitia@filos.unam.mx

El punto de vista que a la vez anima y provoca la lectura y encuadre de algunas juventudes y violencias que se abordan en este libro parte del activismo, la organización y los movimientos de mujeres jóvenes y estudiantes organizadas en México, Chile, Argentina, Perú, Colombia y en otras tantas latitudes latinoamericanas. Es decir, de eso que ahora se conoce como *colectivas* en el marco de los feminismos de la cuarta ola y que, sin duda, ha provocado espectros emocionales inéditos en cuanto a la relación que las juventudes establecen con las experiencias ligadas a las violencias.

Este preámbulo, sin pretender ser un estudio académico de las recientes protestas feministas ni un repaso completo por la geografía latinoamericana y la diversidad de formas de su organización, busca situar en el estudio interdisciplinario de la relación entre juventudes y violencias algunas de las acciones, sentidos y afectos que surgen de la confluencia entre teoría e investigación feminista y activismo de las jóvenes. Con esto, la idea es recuperar esos innovadores marcos emocionales, identificados por autoras que abordan el caso de México y de su Universidad Nacional —la UNAM—, principalmente. Tal encuadre afectivo guarda estrecha relación con el cansancio de las mujeres ante la violencia que sufren en todos los niveles por el hecho de serlo, pero acaso sirve también como guía para comprender las tensiones y sentimientos que otras juventudes experimen-

tan, sea en colectividades, en la búsqueda de espacios de habla desde la precariedad o la migración, o a partir de experiencias que surgen de vivir desde lo popular nuevas relaciones subjetivas. Como se intenta mostrar en este preámbulo, los trabajos compilados comparten un interés por significar las vidas de las juventudes situadas en circuitos que operan desde el miedo, el odio y la incertidumbre, pero también desde la comunidad, la asociación y el cambio.

Al hablar de espectros y mapas emocionales, pensamos que desde los feminismos de las jóvenes se trazan rutas para pensarlos, junto con las herramientas tradicionales de análisis e interpretación, como expresiones destacadas de lo que hoy se conoce como giro emocional en las ciencias humanas y sociales. Es decir, queremos pensar el reciente *tsunami feminista* en la universidad como un quiebre, una enseñanza y una reorientación. A grandes rasgos, en *The Affective Turn* (2007), Patricia Ticineto Clough y Jean Halley expresan que, en la investigación, este giro refiere, sobre todo, a las capacidades corporales para afectar y ser afectadas. Así también, al aumento o la disminución de la posibilidad de los cuerpos para actuar, comprometerse, conectar e, incluso, autoafectarse. Estas relaciones dinámicas, a la vez productivas y en riesgo, se relacionan con el sentirse viva o vivo, es decir, con la vitalidad (2).

Por estas posibilidades parecen preguntar los capítulos que integran este esfuerzo colectivo, ya sea desde lo comunal o la compleja idea de lo individual, pero en movimientos que provocan siempre desplazamientos, acaso inéditos, desde jóvenes que *se viven* en el género y el sexo, en la educación, en los lindes y cruces de fronteras o en el crimen como identidad u opción de vida. Sara Ahmed (2015), a cuyo trabajo recurrimos para hilar una red de lectura entre los capítulos, al pensar la política de las emociones propone hablar de “economías afectivas” (31). Con estas muestra cómo es que los sentimientos no residen en los sujetos ni en los objetos, sino que son producto de la circulación (33). Tal posibilidad móvil, junto con la idea de que las emociones trabajan como figuras que *se pegan* —a cuerpos, discursos, cosas— para encubrir, revertir y vendar hace que preguntemos: ¿Cuáles son, entonces, algunas de estas economías emocionales que rotan *desde* y *contra* las violencias en algunas de las juventudes vivas? ¿Y cómo es que circulan, revelando tensiones, mensajes, vínculos y espectros que van de la rabia a la esperanza, como ha sucedido con las jóvenes colectivas feministas de estudiantes?

I. Las colectivas: del feminismo a la violencia sexista y sexual en las universidades

Con la experiencia política de mujeres feministas a lo largo del planeta en el siglo pasado como antecedente vital, los recientes grupos de jóvenes mujeres estudiantes se nutren de *valiosas enseñanzas*, destacándose la consideración de que *lo personal es político*. Con esto construyen en el ahora un “vigoroso movimiento feminista”, propone Araceli Mingo (2020: 11). Desde aquellos *pequeños grupos* o *grupos de conciencia*, entre otras muchas cuestiones problemáticas derivadas de la diferencia sexual, por lo menos desde los años sesenta del siglo pasado asociaciones de mujeres ponen su mirada sobre prácticas irritantes, como la desigual división del trabajo y las tareas domésticas o la violencia sexual. En general, se trata de hacer visible el desbalance de poder en todos los ámbitos de la vida. En estos espacios no solo miran hacia los movimientos obreros, laborales, culturales o políticos, sino que transforman la vida académica y de las universidades, por ejemplo, incorporando el género como categoría crítica y central, a partir de trabajos fundacionales como los de Joan W. Scott o Gayle Rubin. Al provocar un desplazamiento profundo en las bases epistémicas, ontológicas y científicas —cuyos efectos aún sorprenden por la vitalidad de los nuevos caminos que abren—, a la vez confeccionan teorías y metodologías para visibilizar, nombrar y medir la desigualdad y las violencias, así como el sexismo cotidiano y estructural y sus consecuencias.

La *consciousness raising* que emana de la historia de las diversas agrupaciones de mujeres a lo largo del siglo xx se revela ahora como un mensaje con resonancia a largo plazo, pues sus formas nuevas de hacer política retumban en las experiencias de las jóvenes del ahora, las cuales se agrupan en las autodenominadas *colectivas* (Mingo, 2020: 14). Centrar la atención en lo personal y privado, evadiendo así el blindaje que otorga un conveniente acuerdo que el proyecto moderno realiza para borrar *el problema de los sexos* y el de las mujeres, provoca que generaciones concatenadas terminen por configurar estrategias y lugares de habla, así como esos marcos emocionales inéditos. Hacia finales de la segunda década del siglo xxi, en distintas universidades y ciudades de América Latina, las mujeres salen a las calles y detienen facultades para decir “¡Basta!”. Con esto dan una vuelta de tuerca más a la política de lo personal, proponiendo situar en las narices del mundo el adjetivo “¡Juntas!”.

Estos movimientos y protestas, cuyo inicio en Latinoamérica se ha identificado entre 2014 y 2016, han sido abordados en diversos estudios

en cuanto a sus inicios y desarrollo, en los efectos estructurales que han tenido en las instituciones, pero también en términos de transformaciones subjetivas y emocionales que han derivado en formas particulares de activismo y acción política. Araceli Mingo y Hortensia Moreno (2019) rastrean tanto los afectos como los efectos del hartazgo que provoca en estudiantes universitarias la violencia sexista cifrada en prácticas que operan a partir del significado que se le otorga a “la valoración desigual de hombres y mujeres”, por una parte, y a la “dinámica libidinal”, por otra, que se sitúa en “el corazón del sexismo” (14). Con esto, miran la conjunción de sexismo¹ con violencia cifrada de manera particular en el acoso sexual en las universidades. Este, así, se revela como una forma invisibilizada por su normalización, pero que, al tener una altísima incidencia y multiplicidad de expresiones, desde el malestar e irritación de las jóvenes se sitúa como el punto central de su *emotividad feminista*, pensamos. Es de este modo que se vislumbra el rol de estas movilizaciones en el trastocamiento de la cultura dominante; es decir, ese que (aún) posiciona a las mujeres como inferiores a los hombres (14).

En un marco amplio y transnacional, el cansancio de las jóvenes es cartografiado a partir de la Marcha de las Putas, organizada en 2011 por estudiantes de la Universidad de York, en Toronto, como reacción al comentario de un oficial de policía a un grupo de alumnas. Este les dijo que, si no querían ser agredidas sexualmente, no debían “vestirse como putas”. Esta movilización tuvo un alcance mundial, teniendo réplicas en México bajo el lema “No es no” (Mingo y Moreno, 2019: 15). Con la violencia machista y el feminicidio como puntos centrales, desde el 2015 surge el movimiento Ni Una Menos² en distintos países de América Latina. En 2016, en México, las autoras recuerdan las más de cuarenta marchas bajo el lema “Vivas nos queremos”, en las cuales miles de mujeres manifestaron su hartazgo y rabia acumulada en contra de la violencia estructural, cultural e institucional (Lamas en Mingo y Moreno, 2019: 15).

1 Es importante remarcar, en la línea de investigación de estas autoras, que el sexismo se define como una serie de actos performativos de género (Mingo y Moreno, 2019), es decir, “expresiones variadas de la violencia que está en la raíz de las relaciones jerárquicas instituidas entre los sexos y dispositivos de poder con que se pretende mantener el orden en las interacciones cotidianas” (14).

2 Frase de Susana Chávez Castillo, poeta mexicana asesinada por su activismo (Mendizábal y Bonino en Mingo y Moreno, 2019: 15).

Con resonancia planetaria, en 2017 el movimiento #MeToo se viraliza mediante una serie de denuncias con nombre y apellido por hostigamiento, abuso o violación. Esta movilización digital sin precedentes surge de los señalamientos a Harvey Weinstein, productor de Hollywood, cuyo caso marca un parteaguas no solo en términos de las vías alternativas de denuncia que se gestan desde lo digital, sino en cuanto a nuevas emociones y redes que tejen y unen a los feminismos. Se trata de “un cambio social de magnitud insospechada” (Mingo y Moreno, 2019: 26) que surge, sobre todo, del malestar, cansancio, repudio y rabia en relación con la vigencia y constancia de formas sexistas por parte de compañeros, docentes y personal de la universidad. Las autoras cierran con el Manifiesto 8M en España, a partir del cual se convoca una huelga general para el 8 de marzo de 2018. En alrededor de ciento veinte ciudades más de cinco millones de mujeres demandando la posibilidad de moverse en libertad en todos los espacios y a todas horas (15).

Esta suma de acciones termina por configurar un mapa de colectivas emocionales que desnuda el desprecio y deseo de los que las mujeres son objeto hacia la enunciación de ese “¡Juntas!” en el cual ellas son agentes. Entre los logros palpables destaca “la definición de conductas (sexismo, violencia, acoso, homofobia, discriminación, etcétera) y su catalogación como infracciones” (Mingo y Moreno, 2019: 15) en protocolos y códigos de conducta, pero también en instrumentos de mucha mayor incidencia, como el Estatuto General que en la UNAM es modificado en su artículo 98, fracción III, agregándose sanciones por violencia de género. De este modo, circulan nuevos lenguajes, provocando *performances* con incidencia planetaria como “El violador eres tú” (2019) (cfr. Mingo, 2020; Cerva, 2020). Se trata de un activismo conectado globalmente por la ocupación de las mujeres de los medios digitales y que en México, Chile y Argentina tiene especial reverberación (Cerva, 2020; Di Napoli, 2021).

II. Las colectivas de mujeres organizadas en la UNAM

En México, desde el 2014, mujeres estudiantes comienzan a organizarse conformando grupos de colectivas. En septiembre de 2016 cerca de cien alumnas, quienes conforman el movimiento #NosotrasPorNosotras, realizan una marcha en la Ciudad Universitaria de la UNAM. En esta manifestaron su desacuerdo por la adhesión de la Universidad a la campaña HeForShe de ONU-Mujeres, pues se percibió como reforzadora de

la idea de que las mujeres no pueden cuidarse solas y de que dependen de los hombres para resolver sus problemas. Esta y otras actividades tuvieron como base la denuncia del sexismo y el efecto de descalificación y desprecio hacia las mujeres que desde ahí se pone en marcha para invalidar sus formas. Para las alumnas, tal desacreditación —y criminalización de las protestas, por ejemplo, mediante la legitimidad del uso de cierta violencia (Cerva, 2021)— busca convertir el movimiento en algo peligroso —el apunte a un mundo caótico (Mingo y Moreno, 2019: 22)— con la finalidad de negar y ocultar esas estructuras vigentes de violencia tanto en las Instituciones de Educación Superior (IES) como en el seno de la lógica social (22). Tales formas de denuncia incluyen, como se ha visto, marchas y manifestaciones masivas, pero también vía alternativas, dinámicas y originales, como pintas, escraches y *performances* en los que los testimonios e historias personales tanto se validan como se insertan en un tejido que no puede ya ignorarse. De acuerdo con Ahmed (2015), se trata de “emociones pegajosas” (45) que no solo reorientan a otros ámbitos, en este caso de las jóvenes —fuera de las universidades; en los universos digitales—, sino que también *despegan* los sentimientos que encubren con cinismo histórico las normas sociales que invisten, subordinan y revictimizan.

El caso más destacado de un derroche emocional *antiadherente* sería el de los *tendederos*; convocatorias físicas y digitales³ cuya incidencia rebasa los muros de las universidades. En estos se anima a que compañeras compartan historias y testimonios de hostigamiento, acoso, abuso o violación, pero también conductas reiterativas —en compañeros, docentes o personal administrativo— de formas cotidianas de sexismo. Como precisa Pablo di Napoli (2021), los tenderos públicos o “muros de la vergüenza” se suman a otras estrategias para denunciar casos de violencia, como los escraches a acosadores. Estos últimos alcanzaron una incidencia notable en *las redes*, pues el subgénero de denuncia que se configura *in situ* implica contar qué tipo de violencia sexista y sexual habían vivido; en qué situación, momento o interacción formal o informal dentro de la experiencia educativa, y, lo

3 El activismo feminista, con un pie en las instituciones y otro en *las redes*, durante el confinamiento encontró en la vida digital los medios para subsistir, reforzando estrategias, por ejemplo, de visibilización de formas específicas de violencia, como son aquellas que acontecen en las aulas virtuales —mediante plataformas como Zoom—. Estas acciones permitieron evidenciar prácticas que antes permanecían bajo los muros del salón de clase. En 2020, dos casos de violencia verbal sexual fueron dados a conocer mediante el ciberactivismo, los dos proferidos por docentes varones de licenciaturas de la UNAM. Ambos fueron retirados de las asignaturas.

que es más, imágenes, nombres y apellidos de los aludidos. En este ámbito, la fuerza de las colectivas se reorienta con casos funestos de feminicidio a estudiantes en 2017, como el de Lesvy Berlín Rivera Osorio en la UNAM⁴ y el de Mara Fernanda Castillo en Puebla.⁵

En esta vorágine de actos y efectos, muchas estudiantes transitan hacia un feminismo que a los ojos de la sociedad provoca reacciones de repudio e indignación, pero, por ello mismo, crea canales novedosos de articulación en términos de impacto (Mingo, 2020). En esta última oleada de mujeres en lucha, ya no solo hay manifestaciones proderechos e igualdad o estrategias para conquistar y reforzar lugares y hablas, como en el caso de mujeres lesbianas, negras, latinas e indígenas, sino para poner en primer plano esos malestares que generan las expresiones diarias —y complejas— de violencia sexista y sexual. Con esto, la organización estudiantil que derivó en la Asamblea Feminista (AF) de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL), no la única en la UNAM ni en México, pero sí una de las más notorias a ojos nacionales, surge como un grupo exclusivo de mujeres que reaccionan al lugar desaventajado y desacreditado que históricamente han vivido en la propia política estudiantil (Mingo, 2020: 15). ¿Qué significó el bloquear la participación de los compañeros en esas primeras asambleas? Algo más que crítica y rabia por parte de los varones, pues, bajo el foco de intensificación mediática y social de señalamiento, se dijo que estaban exagerando, que estaban paranoicas, que estaban yendo por un camino equivocado y sin sustento (15). Mingo, al entrevistar y conversar con algunas de las estudiantes que comienzan a engrosar las filas de la AF, reconstruye un mapa que sitúa a nuevas agentes en la colectividad femenina. Esta geografía hace que se

-
- 4 Lesvy Berlín Rivera Osorio fue asesinada en la Ciudad Universitaria de la UNAM. Este funesto hecho fue paradigmático en la universidad y en México no solo por haber ocurrido en el campus principal de la universidad, sino porque en este se hacen visibles para el orden público los mecanismos de revictimización y de protección de la institución que desde el movimiento vigente de las jóvenes están siendo denunciados. Fue tras el eco social nacional e internacional, los modos organizados de activismo de las estudiantes, la participación de mujeres académicas y defensoras de los derechos humanos, y una intensa labor de búsqueda de justicia por parte de la madre, que el novio, finalmente y tras un intento de hacerlo parecer un suicidio, fue acusado por delito de feminicidio agravado. La ahorcó con el cable de un teléfono público en la universidad.
 - 5 Secuestrada, violada y asesinada por un conductor de Cabify en la ciudad de Puebla en 2017, y cuyo caso causó la retirada del permiso de esta compañía para operar en ese estado y la promulgación para regular este tipo de servicios. En todo caso, estas acciones se debieron a una red de activismos en ciudades como las de México, Guadalajara y Monterrey, y posicionamientos de ONU Mujeres y ONU Derechos Humanos.

les puedan poner nombre a los desasosiegos, a los males y las inquietudes, pues las emociones machistas se *despegan* de los hechos, circulando ahora la rabia e indignación como agentes de contagio, por ejemplo en las noticias sobre actos de violencia que comienzan a subir a la superficie. De acuerdo con una de las participantes, todo sucedía en un “hervidero fascinante de rebeldías” (16).

Esta suma de fuerzas y estrategias desembocó en un paro y la toma de instalaciones un 4 de noviembre de 2020, el cual duraría ciento sesenta y tres días. Para Isabella Portilla (2020), reportera de *Corriente Alterna* de la UNAM, esta acción se suma a lo que se percibe como la cuarta oleada feminista en México, alcanzando mucha notoriedad en el mundo. Así, mientras las alumnas *sostenían el paro*, cerca de ochenta mil mujeres marcharon el 8 de marzo de 2020 en Ciudad de México. Al día siguiente,

cientos de miles, acaso millones de mujeres, se sumaron a una histórica huelga nacional. Según el **Sistema de Transporte Colectivo (STC)**, en el metro de la **Ciudad de México** se reportó una disminución de la afluencia de pasajeros en un 40 por ciento. La **Secretaría de Administración y Finanzas** informó que pararon 60 mil mujeres del gobierno capitalino. **José Manuel López Campos**, presidente de la **Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio (Concanaco)**, dijo que “**Un Día Sin Mujeres**” generó un impacto económico por 30 mil millones de pesos: 15 por ciento más de lo que se tenía previsto. Ese día, las mujeres se quedaron en sus hogares, no recorrieron las calles, no asistieron a la escuela ni al trabajo. El 9 de marzo las ciudades lucieron semidesiertas. (s/p, negritas del original)

Mientras, las Mujeres Organizadas de la FFyL (MOFFyL) fueron construyendo una dimensión mucho más honda y de largo alcance. “¿Cuántas, cuántas son?: Varias, muchas”, expresa Portilla (2020), haciendo ver que esta no es la pregunta que había que hacerse. Más bien las inquietudes debieron mirar a lo que ahora es innegable, ese hablar *en colectiva*; en consenso y en comunidad. “Yo no entré al feminismo, el feminismo entró a mí”, dice una de las participantes en el estudio de Mingo (2020: 18). Esto significa ir de la culpa y el dolor a la sanación y reparación.

Daniela Cerva (2020) lleva a cabo una lectura que sitúa la suma y resonancia de las colectivas en el ámbito de los movimientos y organizaciones estudiantiles a partir de expresiones de innovación y originalidad. En la línea amplia que traza, enfocándose en el marco que va del 2014 al 2019, muestra cómo “las universidades mexicanas viven hoy en día un proceso de politización en torno a demandas feministas toda vez que las colectivas emplazan a las autoridades universitarias frente a la negligencia y la com-

plicidad contra los abusos y la violencia sexual” (139). Con esto, lo que Cervá expone es cómo la organización política de las colectivas provoca nuevas coyunturas, pues lo que distingue a este movimiento de las características distintivas de las organizaciones estudiantiles tradicionales en México es, precisamente, la violencia de género en los espacios educativos. Esta es la cara más visible de tal especificidad. Así, las colectivas se sitúan como un “nuevo actor político” que establece una relación de sincronía con la orquestación “global de posicionamiento político del feminismo en el mundo” (139).

Entre los argumentos que esta autora expone, están, igualmente, la puesta del acento en una notable diferenciación con la lógica de liderazgos masculinos en las organizaciones universitarias, de ahí que los medios y expresiones del activismo y protesta resulten tan dinámicos como sorprendentes y con un nivel de efectividad histórico. Como se argumenta en el siguiente apartado, desde una suma de acciones micropolíticas se ha logrado no solo hablar de la violencia sexual y sexista en los distintos ámbitos, sean académicos o de difusión, o incluso de un cambio de conciencia que comienza a notarse, aunque sea de manera incipiente, en los hombres, sino que se han conseguido cambios estructurales que han provocado —como reacciones emergentes—, entre otras cosas en la UNAM, la creación de la Coordinación para la Igualdad de Género (CIGU), transversal a todas las instancias de la universidad, el impulso de las antes llamadas Comisiones para la Equidad de Género, convertidas en Comisiones Internas para la Igualdad de Género —las CInIG—, órganos auxiliares a todas las facultades, centros e institutos de investigación, cuyo cometido es sensibilizar y difundir temas y problemas con perspectiva de género. Un año después, en algunas facultades, incluida la FFyL, se ponen en marcha asignaturas obligatorias en todos los programas y carreras.⁶

Para Cervá (2020) es importante pensar la posibilidad y acción de las colectivas por lo menos en dos ejes macro. El primero es la deriva, de más de cuarenta años, de la producción de conocimiento acerca de las *relaciones de género* y feminismos, como son cursos, seminarios, publicaciones, revistas, programas, tesis, redes y grupos de trabajo, etcétera. El otro, mucho más reciente, sería el de la implementación de acciones a favor de la igual-

6 Uno de los logros más palpables del movimiento de Mujeres Organizadas de la FFyL fue la creación de la asignatura Género, Violencia y Ética Comunitaria, materia transversal organizada por un claustro colegiado dinámico y diverso —sobre todo, de profesoras—.

dad de género y la no discriminación como política institucional. En este eje cabe predominar las investigaciones diagnósticas sobre las violencias en espacios de la universidad, así como instancias dedicadas a establecer normas o transformar las existentes (141). Con esto, lo que se pone sobre la mesa es el reconocimiento de privilegios, discriminación y violencias estructurales (141). Uno de los detonadores, se infiere, de la movilización de jóvenes estudiantes feministas estaría, justo, en un desfase entre uno y otro eje, por ejemplo, en términos de reglamentos específicos y capaces de lidiar con lógicas ancladas en la base sexista y de defensa de figuras —sobre todo, masculinas—, así como de la propia institución (141-142), de su nombre y prestigio. La revictimización, el entorpecimiento de denuncias, la manipulación y la desacreditación —las reglas no escritas pero tácitas que frenaban a la mayoría de las denuncias— terminaban por configurar un camino difícil y complejo por el cual era mejor no transitar, pues ahí las *tácticas emocionales* ocultaban no solo las prácticas, sino los efectos. Un cinismo afectivo actuaba sobre las alumnas: no te van a creer; piensa en cómo te vas a sentir si se hace público... Por ello es por lo que las colectivas expresan en voz alta el ir “¡Juntas!”.

III. Micropolítica y transformación

Pablo di Napoli (2021) aborda el activismo de las jóvenes en la UNAM llevando a cabo una genealogía que desemboca en estrategias y mecanismos digitales por parte de estudiantes del Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH). En este trazo analiza, por un lado, literatura de especialistas que desde enfoques feministas abordan el referido popularmente como “tsunami feminista”.⁷ Para Di Napoli, el aspecto más representativo para abordar este movimiento estudiantil es la rápida incorporación masiva de mujeres estudiantes, pero también de mujeres jóvenes de sectores diversos y procedencias variadas que estarían *acuerpando* las causas feministas (Cabnal en Di Napoli, 2021: 5), mostrando una faceta inédita de un movimiento inter y transgeneracional que impacta en lo social, lo cultural y lo político (Elizalde y Varela en Di Napoli, 2021: 5).

7 Además de Mingo y Moreno (2019), Mingo (2020) y Cerva (2020), cuyos trabajos precisamos aquí, esta doble vertiente histórica y situacional también la comparten Barreto (2017), Varela (2019) y Álvarez (2020), como lo muestra el marco de partida de Di Napoli.

El entendimiento y comprensión de la fuerza y naturaleza de las colectivas no está solo en la institución y el trabajo teórico o empírico realizado en las universidades, sino en los códigos expresivos —populares, digitales, transnacionales— que se ponen en marcha. Por ello, el nuevo espectro emocional de las estudiantes “¡Juntas!” también invade los espacios de interacción sociodigitales, los dinamiza. Para Di Napoli (2021), las jóvenes feministas conforman una nueva subjetividad epistémica cuya expresividad adquiere una fuerza magnificada en el espacio público mediante formas digitales pero también alternativas (6). Tal expresión se suma a la señalada desconfianza generacional hacia los mecanismos institucionales de toma de decisiones, poniéndose en marcha formas disruptivas de activismo. Tras las asambleas y manifestaciones en la UNAM, como la mencionada AF, y las movilizaciones alrededor del Nos Queremos Vivas, P. di Napoli reconstruye la visibilidad del movimiento feminista en la UNAM a partir de la creación de páginas de Facebook de colectivas feministas en la UNAM. En el periodo que va de 2014 a 2020, llegan a conformarse sesenta y uno de estos espacios y no solo como reflejos de la Ciudad Universitaria (CU) —campus central—, sino de las Facultades de Estudios Superiores (FES), los planteles de la Escuela Nacional Preparatoria (EPN) y los de los CCH. El autor resalta los nombres que estos espacios reciben como manifestaciones de *acuerpamiento* —Estudiantes Feministas Organizadas de CCH Sur, por ejemplo—, pero, más aún, la operatividad que estos espacios logran mediante objetivos como denunciar y visibilizar situaciones de violencia, concientizar acerca de la violencia de género, funcionar como espacios de contención y acompañamiento y fomentar la organización y lucha de las jóvenes que van sumándose (13).

En el trabajo de Di Napoli se vislumbra cómo la comunicación sociodigital les permite a las colectivas circular y amplificar los mensajes, conectar con un mayor número de estudiantes y compartir testimonios de violencia, así como *escrachar* a acosadores. Además, se difunden talleres, conversatorios, festivales, intervenciones artísticas o *pintas*, entre otras acciones que sirven como formas de socialización y aglutinación de emociones feministas. Se trata de un activismo *onlife* que permite convocar acciones de protesta contra el patriarcado, al mismo tiempo que se configuran formas colectivas y afectivas (Lara y Araiza en Di Napoli, 2021: 14).

Retomando a los tenderos en este momento del movimiento, sus modos incidentes de denuncia para Di Napoli (2021) funcionan en dos ejes. El primero es el que enlaza la vida real con la virtual, pues la convo-

ctoria se inicia a través de Internet y la actividad se realiza en un espacio físico concreto —la escuela— sobre una situación local —la violencia que sufren las estudiantes de determinado plantel—, para luego volver a las redes sociodigitales con el fin de obtener mayor visibilidad dentro de la comunidad (14-15). Esta relación entre los muros o pasillos de la institución y las interacciones dinámicas de lo digital permite una amplificación sin precedentes de nombres, formas y tipologías de acoso, abuso y violación. También, pensamos, reorienta la manera en que las emociones circulan y genera conexiones antes impensables —o *cortadas*—.

El segundo eje apunta a la subjetividad en construcción de las jóvenes. Es decir, por una parte, en estos espacios se construyen como sujetas *de y en* los feminismos, como ya lo viera Mingo (2020), pero también miran a compañeros —de clase o sentimentales—, a profesores y a trabajadores administrativos desde las formas de violencia sufridas por otras compañeras y mediante esas otras historias textualizadas. Para Magali Barreto, tales denuncias son parte de una estrategia para ser escuchadas y acceder a nuevas escalas de justicia frente a la falta de acción de las autoridades (en Di Napoli, 2021: 15). En esas nuevas escalas, entonces, no solo se identifican —y verbalizan— formas *leves*, digamos —comentarios, propuestas, miradas, roces... en ningún caso solicitados— y expresiones complejas y con efectos nefastos —una cita forzada, una imagen pornográfica, el uso de la fuerza o la amenaza, el intento o la consumación de un abuso o una violación—, sino que la propia idea de sí se ve transformada. Por eso las diferentes estudiosas refieren constantemente a nuevas subjetividades, con lo que el mundo de las interacciones afectivas y educativas no vuelve a ser el mismo. Ellas lo miran, nombran y organizan desde sus coordenadas. En este hablan en voz alta como sujetas *acuerpadas y emocionadas*.

IV. “Muerte al macho”. Mirar desde los mapas emocionales de las colectivas a las juventudes y violencias

Una de las pintas que apareció en las paredes externas de la FFyL, una de las más visibles a los ojos de CU, pues se encuentra de cara a las llamadas Islas,⁸ rezaba “¡Muerte al macho!”. Esta frase no es nueva. Es común verla en marchas y espacios feministas. La novedad, el acontecimiento, en este

8 Zona común de jardines y áreas de esparcimiento entre facultades y Rectoría de CU en la UNAM.

caso era el lugar y su tamaño. La consigna sacada de los 8M, y puesta con un efecto metonímico en los muros de la universidad, abre formas de circulación insólitas: ¿Quiénes hablan? ¿A quién o a quiénes? ¿Por qué? ¿Con qué fin? ¿La muerte, la venganza, la erradicación de *todos* los hombres y, por tanto, de la humanidad? ¿O la esclavitud de estos en un régimen distópico y *vuelto al revés*? Estas fueron reacciones —como emociones colectivas— que se escucharon en la voz del profesorado y alumnado, tanto en las interacciones reales como virtuales.

En todo caso, el mensaje que opera en el nivel básico del circuito comunicacional es desde el inicio innovador. Quienes hablan son las mujeres más jóvenes en un rango bajo de la jerarquía universitaria, social y cultural: las estudiantes. A quienes convocan, sin embargo, bien pueden ser personas de todos los estratos económicos y de prestigio, que en este caso se ven interpeladas por el sexo biológico —aunque no en todos los casos, pero sí de forma completamente desproporcionada como *varones*—, pero, más aún, por ideales y prácticas ligadas a la conocida como masculinidad —que, en su versión más tradicional y solapada con simbologías misóginas y prácticas sexistas, igualmente es mayoritariamente recurrida por hombres—. Es en este nivel, el de los sentidos y valores que se construyen a partir de la diferencia sexual y las relaciones entre géneros e intragéneros, que el mensaje adquiere una significación profunda y, a la vez, *antiadherente* y nuevamente *pegajosa*. Es por eso por lo que a la hora de leerla hay que dar dos o tres pasos atrás y meditar su complejidad antes de reaccionar: “¡Muerte al marchol!” significa, más allá de los afectos de ira o miedo, plantear la posibilidad de erradicar en la universidad las formas que sostienen una masculinidad violenta en términos sexistas y sexuales.

Al hablar de *reacción*, de lo que se está hablando, nuevamente, es de emociones. Frente a esta frase y otras surgidas del movimiento de las estudiantes, como aquella que podía leerse en diferentes muros de la universidad —“UNAM Feminicida”— o incluso una más reciente, la cual ha adquirido replicación por medio de los activismos digitales más allá de las fronteras, como “¡La heterosexualidad mata!”, una lectura literal solo lleva a la confrontación: qué hombres, *por el hecho de serlo* —y qué mujeres— sienten una amenaza directa, una afrenta, y como parte de qué instituciones —la educación, la universidad, el género, el sexo o la propia heterosexualidad—. De estas primeras emociones reactivas surgen muchas de las expresiones misóginas y sexistas identificadas por las investigaciones puestas en marcha para dimensionar y analizar el reciente *tsunami feminis-*

ta, por ejemplo: “Ellas también violentan”, “Los hombres morimos más”, “¡No todos somos violadores!”, “Son la generación de cristal; no aguantan como aguantamos nosotras”. Estas expresiones reactivas se aglomeran en ese lugar común que reza que el feminismo debería ser menos violento y más empático.

En este contexto, para Suely Rolnik (en Bardet, 2018)⁹ reflexionar sobre los “saberes del cuerpo” implica romper las emociones reactivas que impiden todo proceso de “germinación”, pues están constreñidas al ego, a la moral y a lo patriarcal. Más bien hay que situarse en las “emociones profundas”. Estas últimas trabajan como “fuerzas vitales”, ya que provocan nuevas “maneras de vivir” al afectar a los cuerpos y hacer que “resuenen entre sí” (115-116). Tal reverberación es la que emana de las colectivas feministas jóvenes, sin duda. La cuestión sería, en este caso, identificar —y provocar— réplicas en varones, en subjetividades sexodiversas, en adolescentes migrantes, desplazados, y en los cuerpos arrojados a los extremos de la violencia y la criminalidad.

¿Cómo superar, pues, los muros de la reacción? Por ejemplo, ese males-tar, que en los estudios de los hombres y de la masculinidad es reconocido como la emoción común en una gran mayoría de varones a lo largo del planeta. Una incomodidad constante, tanto en lo individual como en lo colectivo (Azpiazu, 2015; Fabbri, 2021; Sanfélix y Téllez, 2021), que además deriva con enorme facilidad hacia el miedo, el desconcierto, la negación, el odio y la venganza. Es parte de lo que Michael Kimmel (2019) denomina un “agravio comparativo”, es decir, “la sensación de que aquellas ventajas a las que creías tener derecho te han sido arrebatadas por parte de fuerzas anónimas más amplias y poderosas” (14). Con la revolución emotiva de las estudiantes, de paso se sitúan en el centro de la representación las *grandes violencias*, como las culturas de violación, dinamizadas en los grupos digitales masculinistas¹⁰

9 En una entrevista que le realiza Marie Bardet (2018), “Excursus. ¿Cómo hacemos cuerpo? Entrevista con Suely Rolnik”, en el libro *8M Constelación feminista ¿Cuál es tu huelga? ¿Cuál es tu lucha?*

10 “Masculinismo México es un proyecto surgido de la mano de jóvenes universitarios de diferentes partes de la República Mexicana interesados en difundir las causas de Los Movimientos por los Derechos de los Hombres (Men Rights Movement) que han tomado fuerza en las últimas décadas en países como Inglaterra, EUA y la India” (*Masculinismo México*, s/f: s/p). Este texto está tomado de la presentación de su grupo de Facebook. Además, se agrega: “Espacio virtual Masculinista/MRA dedicado a difundir los problemas e injusticias que sufre el hombre en México y el mundo. Además de reflexiones y críticas de ideas provenientes de la Androsfera y el feminismo” (*Masculinismo México*, s/f: s/p.).

o los feminicidios.¹¹ Estas formas cruentas antes del *tsunami* se veían como externas y completamente desligadas de las IES.

“Sexismo cotidiano”, “violencia por motivos de género y contra las mujeres”, “techo de cristal”, “micromachismos”, “falsos aliados”, “posfeminismo”, “segundas y terceras jornadas”, entre otras, son nociones que saltan de ponencias y artículos a la comunicación institucional, educativa y coloquial. Estas cuestiones eran sabidas, pero se encontraban *taponadas*. Para Ahmed (2015), todas las narrativas conocidas merecen ser leídas con detenimiento (20). Esta pausa no es cualquier cosa, e implica una inversión alta de tiempo y energía. A grandes rasgos, conlleva reconocer que un alto número de hombres (aún) se educan y socializan bajo mitologías machistas y se socializan con un alto nivel de misoginia; desde ahí se miran como superiores y miran a las mujeres como secundarias o deficientes. Para mantener esta lógica, el sexismo y la violencia sexual se presentan como mecanismos destacados tanto en lo cotidiano como en las partes más elevadas de toda jerarquía social. ¿Quiere decir esto que todos los hombres son violadores? No. ¿Lo que quiere decir esta narrativa *tan conocida* es que los hombres estamos implicados mucho más directamente con las estructuras vigentes de violencia sexista y sexual? Sí. Asimismo, que como el propio *lugar común* del machismo y su marca de género lo indican, somos más proclives a cruzar ciertos límites. Como expresa Malena Pichot (2018), “el lugar común es siempre una estupidez compleja” (s/p). De ahí el poder de la frase “El machismo mata” como revés (*re*)*pegado* emotivamente a “¡Muerte al macho!”.

En este entramado, como se ha dicho, la incomodidad es un malestar que también afecta los hombres. Este no es comparable con las violencias que experimentan de forma desproporcionada ellas, pero, sin duda, invita a comenzar a pensar cómo desmontar viejas *economías afectivas*. Así también, comenzar a mirar con lupa para ver si es que los hombres nos estamos reorientando o si es que seguimos esquivando los roces y señalamientos. En la nueva circulación comienza a hablarse del camino que va del miedo al odio —de las mujeres y los feminismos—, pasando por la incertidumbre y la indiferencia, hacia un interés, acaso todavía precario y en construcción, por pensar la conciencia y el cambio; por *pensarse*, inclu-

11 Según una nota de Infobae México, publicada el 25 de abril de 2023, los feminicidios en México registraron una tendencia al alza, pues en el primer trimestre de este año doscientas veintitrés mujeres fueron asesinadas por esta condición.

so, como cuerpos sexuados con género y, por tanto, como las experiencias más problemáticas.

En el caso de las emociones *pegadas* a las frases que señalan al macho, a la universidad y a la heterosexualidad, provocar tiempos de lectura no reactiva ni literal, resignificando nociones como violencia sexista y sexual —y la propia masculinidad— bien puede *desprender* —en un juego doble, como invita Ahmed— las vendas normativas que impiden el proceso de lectura del sí y el nosotros. ¿Sería este un buen inicio para hacer circular *en coalición* la rabia y el hartazgo de ellas y el miedo, el odio y la incomodidad de ellos? ¿Estos mapas emocionales pueden resonar en personas jóvenes gays, trans, migrantes, pandilleros e insertas en los círculos del narco? Los trabajos incluidos en este volumen identifican pistas para provocar nuevos circuitos y conexiones, sin duda.

V. Organización del libro. Colectivas, parlantes y populares: circulaciones entre juventudes y violencias

i.

Si para Ahmed (2015), como se ha visto, las emociones involucran una serie de desplazamientos que no residen específicamente en un signo o figura, sino que se deslizan; esto quiere decir que no se originan dentro de una psique individual, no están exactamente en la conciencia. No “residen” ni ahí ni en el “interior” de las personas (80). Con esto, no habitan, tampoco, en la colectividad como cuerpo/*cuérpa*. *Viven*, más bien, en esa circulación que nos afecta (31), por ejemplo, con respecto a las violencias que implican y afectan el “ser joven” (Pogliaghi), pues son cotidianas y omnipresentes en la vida estudiantil; en cuanto a las reacciones polarizadas de los jóvenes ante los feminismos —anti o pro—, los cuestionamientos sobre la masculinidad y la búsqueda de nuevos significantes, como los de la “antipatriarcalidad” (Zabalgoitia); o en términos de vivir(se) homosexual en la escuela, cuestión que socialmente sigue velada por prejuicios y violencias que castigan a quien que se desvía de la heteronorma, pero que, a la par, genera estrategias y resistencias (Bautista).

El bloque “Colectivas. Género, educación y acción” abre con el capítulo de Leticia Pogliaghi “Violencia, subjetividades y acción colectiva de jóvenes estudiantes del Valle de México”. En este se aborda la experiencia particular de *vivir y vivirse* en las violencias diarias, centrándose en jóve-

nes estudiantes del nivel medio superior del Valle de México. El objetivo central es identificar las formas de violencia, pero, más aún, descifrar cómo les afectan, qué significados les otorgan y cómo las practican y resisten a la vez. Tales formas, argumenta la autora, no trabajan de manera estática; es decir, circulan, pues no solo adquieren sentidos particulares por motivos de género, procedencia, nivel educativo o coordinadas socioeconómicas, sino que afectan a las experiencias de estudiantes como subjetividades en transformación y otorgándoles agencia. En términos emotivos, se trata de cuerpos-conciencias que se reorientan constantemente de cara a las violencias, condicionando así sus prácticas, pero también apropiándose las. De acuerdo con Pogliaghi, las expresiones cotidianas de violencia provocan percepciones, conocimientos, interpretaciones y vivencias que terminan por convertirlas más en efectos que en causas en la relacionalidad de los compañerismos, amistades, encuentros e intercambios.

El estudio se centra en el plantel Azcapotzalco del Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) de la UNAM, obteniéndose datos empíricos de veinticuatro entrevistas en profundidad, de un grupo de discusión y de observaciones no determinantes. A partir de testimonios se traza, así, una ruta que va de las violencias a la movilización colectiva. El ámbito que enmarca el trabajo es el de los hechos violentos perpetuados por grupos de choque —*porros*— en 2018, los cuales generaron un clima de indignación en estudiantes, tanto en los agredidos como en la comunidad en general. La reacción inicial fue la organización de una movilización y un mitin, en el que presentaron un pliego petitorio. Con resonancia desde las colectivas feministas, cuestiones de carácter simbólico, como el borrado de murales, se sumaron al señalamiento directo de grupos porriles, conformándose un movimiento de mayor amplitud, luego de que ocurriera un feminicidio en el CCH Plantel Oriente, el cual fue boicoteado por los grupos de choque. El resultado fue la aceleración y circulación de mensajes emotivos, como “¡El que no brinca es porro!” y “¡Fuera porros de la UNAM!”.

En resumen, el capítulo deriva hacia la intersección entre violencia e inseguridad, violencia de género —en donde se resaltan las colectivas feministas— y el protagonismo de la violencia porril como constante que domina y, además, criminaliza las relaciones cotidianas. El mapa emocional identificado incluye indignación, enojo, miedo e impotencia. En estas coordenadas, el trabajo insiste —a la manera de esos sentidos emocionales que *se pegan*— en las construcciones subjetivas que se posicionan entre el autoritarismo y la indiferencia, lo cual provoca inconformidad —como

afecto colectivo que *(des)pega*—, ya que reorienta lógicas y prácticas, pero, sobre todo, genera esas posiciones subjetivas nuevas en las que el trabajo se centra. Entre las reflexiones finales, el hartazgo se define como el sentir comunal que alienta a las movilizaciones.

En el segundo capítulo, “Masculinidad/es en movimiento/s. Juventud, universidad y activismo antipatriarcal en Argentina, Chile y México”, Mauricio Zabalgoitia parte de polarizaciones y posiciones subjetivas que generan tensiones y encuentros en hombres jóvenes. Esto como resultado del impacto de los estudios de la masculinidad y la confrontación del orden de género, sobre todo en ámbitos educativos, por los movimientos y activismos de las colectivas feministas en Ciudad de México, Buenos Aires y Santiago de Chile.

Por una parte, se identifican, en el extremo *positivo* de la tensión, jóvenes que están construyendo terminologías de agrupación como parte de vidas comunitarias bajo puntos de encuentro y circulación que miran hacia formas de pensar y vivir la masculinidad contrarias al patriarcado. Así, como resultado de experiencias entre lo individual y lo colectivo, lo político y lo académico, identifican modos de desplazamiento que a la vez confrontan y renuevan las propuestas de grupos de generaciones anteriores, como *hombres por la igualdad* y *varones profeministas*. Con esto, operan como economías afectivas emergentes, cuya emocionalidad depende de “historias pasadas” y de las figuras que van provocando y moviendo afectos (Ahmed, 2015: 39). Destaca, impulsada por la teoría-acción del Cono Sur, la noción de *varones antipatriarcales*, así como las críticas que generaciones anteriores de varones agrupados han recibido, por ejemplo, a la luz de la producción académica de Luciano Fabbri en Argentina y Jokin Azpiazu en el País Vasco. En el otro extremo, que no marca la línea de este trabajo, pero que se distingue como lo *no deseado* en un nuevo tiempo para la masculinidad, se critican los repliegues que resultan de emociones exacerbadas, como la rabia y el odio, las cuales agrupan a jóvenes incomodados o amenazados, provocando círculos afectivos de ira como el antifeminismo y el masculinismo.

El capítulo, con esto, mirando hacia innovadoras posibilidades de vivir la masculinidad, plantea algunas interrogantes de entrada: ¿qué tan interesadas están las (nuevas) subjetividades antipatriarcales en abordar directamente el tema de las violencias? ¿Se están señalando e interviniendo las estructuras profundas y arraigadas de violencias sexistas y sexuales? ¿Se

están identificando y nombrando privilegios y dividendos para renunciar a ellos? ¿Mediante qué estrategias y procesos?

El trabajo se concentra en entrevistas testimoniales a tres jóvenes activistas (Chile, Argentina y México), partiendo de su posición crítica frente al conocido como “modelo hegemónico de masculinidad” (Connell) y los reconocidos como límites de la masculinidad —desprecio a lo femenino, terror a la homosexualidad y la necesidad de agruparse (Badinter, Bourdieu)—. De ahí se parte a las cuestiones que orientan cuerpos, sexualidades y políticas hacia un *activismo antipatriarcal*, a medio camino entre la aceptación y la sospecha, el consenso y la contradicción. Afectos y tensiones que, en cualquier caso, derivan hacia formas innovadoras de “ser y sentir” (Ahmed, 2015), las emociones colectivas de incomodidad como políticas para el cambio. Una de estas, que sobresale y propone nuevas rutas y desafíos, es la mira hacia la *no binariedad* como vía de escape de la masculinidad.

Este apartado cierra con el trabajo de Enrique Bautista “Ser gay en la escuela: experiencias y estrategias de resistencia frente a la violencia de género en la educación media superior en México”. En el capítulo se parte de una comprensión amplia de la violencia contra la sexodiversidad, sobre todo a partir de la vigencia de la centralidad de las normas que se establecen desde la “heterosexualidad obligatoria” (Rich) y la “heteronormatividad” (Warner), siendo estas normalizadas, naturalizadas e institucionalizadas en los ámbitos escolares. Esto destaca en la educación media superior (EMS), momento en el que el ser gay se vive no solo como una *orientación sexual*, sino como una subjetividad que orienta a que cada individuo conciba la vida, configurándose, en algunos casos, comunidades afectivas alternativas. En estas se generan tanto mecanismos de identificación como estrategias de resistencia frente a violencias simbólicas —como los estereotipos que se producen desde el binarismo de género y sus jerarquías— y de homofobia, a partir de agresiones verbales e incluso físicas.

Entre los planteamientos de partida se visibilizan posiciones vigentes, como el hecho de que se identifique, por lo menos en CDMX —contexto en el que se realiza el trabajo de campo—, cierta tolerancia hacia los varones gays —siempre y cuando se mantengan dentro los márgenes y la guetificación—. En la deriva del estudio, las experiencias se perfilan dentro de la violencia de género por OSIEGCS (orientación sexual, identidad y expresión de género, y características sexuales), así como en tensión con el modelo de masculinidad y hegemonía, sobre todo en los lindes de las

“masculinidades subordinadas” (Connell). En términos amplios, se evalúa la homofobia como un dispositivo de control que se traza bajo la imagen de hombres masculinos y heterosexuales, y cuya carga emocional opera para mantener el orden de lo *normal*. En estas jerarquías la emoción que *se pega* a los discursos de tolerancia o castigo es el odio, lo que a su vez se inserta en una idea de violencia que se traza como un continuo.

Para sustentar lo expuesto, el trabajo se apoya en experiencias vividas por estudiantes gais de dieciocho años de EMS, pertenecientes a tres instituciones ubicadas en la Ciudad de México y el área metropolitana: el Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH), la Escuela Nacional Preparatoria (ENP) y el Centro de Estudios Científicos y Tecnológicos. Dicho trabajo empírico se realizó mediante videollamadas y cuestionarios abiertos a través de mensajería electrónica durante el 2021 —época de pandemia y confinamiento—, sobre todo centrados en identificar la forma en que los estudiantes gais configuran sus identidades en el entramado de la masculinidad. Entre los resultados se contextualiza el papel que cumple la escuela como reguladora de identidades sexuales *normales* y *diversas*, en donde, en conjunto, se actúa a la manera de una *fábrica de masculinidad*, considerándose a los estudiantes LGBT+ como *casos* o *problemas* en un juego discursivo y de emociones contrapuestas: la exigencia de manifestarse y la de permanecer dentro de la normativa sexogenérica heterosexual.

ii.

En el apartado “Parlantes. Escrituras de la migración”, la relación entre juventudes y violencias se aborda a partir de la experiencia migrante y de los fenómenos fronterizos que se activan como relatos de violencia política o cultural. En este ámbito, el del odio como emoción central que *se adhiere* a narrativas nacionalistas y de defensa de lo que naturalmente *es propio* —y, por tanto, legaliza y reviste discursos y acciones en contra de la otredad invasora—, Ahmed (2015) pregunta: “¿Cómo funciona el odio para alinear algunos sujetos con algunos otros y en contra de otros otros?” (77-78). Asimismo, la autora recurre a un análisis preciso de la operatividad de la emoción contraria —el amor— para dimensionar cómo el miedo y la aversión hacia los migrantes envuelve una cadena retorcida, podemos decir, cuyo fin es la producción de aquello supuestamente *ordinario*, lo nacional-propio. Es bajo esta construcción fantástica —es decir, ficcional— que se ordenan los sentimientos de amenaza, pérdida y peligro.

En este mundo, pocas veces se repara en la voz propia de los adolescentes que se desplazan y adentran en sociedades y culturas diferentes. En este bloque, tal voz —de ahí la metáfora de cuerpos y violencias *parlantes*—, a veces intenta solucionarse y normalizarse mediante películas de gran carga emotiva que, sin embargo, cosifican lazos familiares e identidades “originales” (Schmidt-Welle); en otras, renuevan narrativas ontológicas y epistémicas que confunden nociones como la de *comunidad* y renuevan la hostilidad del racismo al interior de (nuevas) fronteras (Rodríguez), y en algunas más se presentan vías de fuga y agencia, en este caso mediante la voz literaria, por ejemplo de cuerpos diversos cuya colectividad emocional está cifrada por el desplazamiento de Abya Yala hacia Europa (Ritondale).

En el capítulo “*Almanya y La misma luna: lazos familiares e identidades migrantes en dos películas contemporáneas*”, Friedhelm Schmidt-Welle aborda dos melodramas: *Almanya. Willkommen in Deutschland* (Şamdereli, 2011) y *La misma luna* (Riggen, 2007), en los que se narran las historias de familias migrantes. La primera, de turcos en Alemania, y la segunda, de mexicanos en Estados Unidos; ambas desde la mirada de infantes. En los dos casos se destacan los lazos emocionales familiares como la base para solucionar los conflictos que en los jóvenes surgen por situarse sus identidades entre dos culturas. El autor revela estrategias a la vez de utopía y nostalgia, reconociéndose a las comunidades migrantes como portadoras de los valores de la familia tradicional. El análisis se centra en los viajes —*road movies*—, que se insertan en la trama como experiencias de tránsito —transculturales y transnacionales— que deben cumplirse —o no— para comprender la importancia de la tradición como circulación emotiva de aprendizaje.

La lectura de Schmidt-Welle avanza entre los tópicos de los personajes migrantes adolescentes —víctimas con vidas de sufrimiento— y la realidad con la que estos son leídos frente al racismo o las lógicas nacionales. En el caso del joven turco, las tensiones cotidianas que surgen por no sentirse o pertenecer del todo a ningún grupo son desambiguados por la voz de su prima, quien narra en voz en *off* la fuerza de la herencia familiar, en donde, a la manera de una cadena emocional heredada de una generación a otra, posee *pegadas* las emociones con las que ha de vivirse la experiencia migrante. El mundo de antes, en Anatolia —patriarcal y tradicional—, es contrapuesto al ahora de la familia, inserta desde sus coordenadas en las problemáticas contemporáneas. El tema central, descubierto en el capítulo, es el desplazamiento interno: no moverse, ser forzado o fluir. La clave de la resistencia a

tal circulación es la economía afectiva de lo familiar. Esto es lo que S. Ahmed (2015) llama el efecto “ondulatorio” de las emociones. Se mueven hacia los lados, hacia delante y detrás, pero manteniendo eso que “se queda pegado” y se vincula con la “presencia ausente” de la historia (81), familiar en este caso.

En el segundo filme, el melodrama con final feliz, las relaciones familiares vuelven a ser el punto central de los desplazamientos y choques culturales. En este caso, el viaje lo emprende un niño de diez años, quien va a buscar a su madre a Los Ángeles desde un pueblo de México. Tras vencer todo tipo de obstáculos —*la migra*, el narcotráfico, la policía—, Carlitos logra encontrar a su madre en la esquina desde donde está la cabina telefónica desde la que esta siempre le llamaba; de ahí la metáfora central de la película: la misma luna que ambos veían.

La cuestión de los lazos familiares, si bien enlaza el tono emotivo de las cintas, en el capítulo se revela como diferenciada. En Alemania los entramados turcos son psicológicos y culturales, pero en una orientación que deja claro que, a pesar de las *vicisitudes*, el racismo y la otredad *se pegan* sobre situaciones *cómicas*. En Estados Unidos, los mexicanos familiares del protagonista están imbuidos en la precariedad y la delincuencia; entre estos, Carlitos se desplaza como sobreviviente de la violencia, aunque algunos elementos de la cultura popular mexicana sirvan como anclaje de ese movimiento ondulatorio de las emociones. En una es la comunidad la que *reviste* a la sociedad extranjera —haciéndola, acaso, más amable—; en otra, es la fragmentación familiar la que orienta a los sujetos hacia el origen, cancelando toda posibilidad de transculturación.

En su texto, “Comunidades revocadas: ontologías y epistemologías en los fenómenos fronterizos y migratorios contemporáneos”, Roxana Rodríguez parte de la noción de “comunidad revocada” de Jean-Luc Nancy para analizar teóricamente la situación de migrantes en la frontera norte de México. Desde el modelo epistemológico de la frontera, y las epistemologías del Sur, el capítulo se centra en los asentamientos de personas haitianas, jóvenes en su mayoría, de zonas de convivencia emergentes en Tijuana, México. El planteamiento apunta a un declive en los modelos de sociedad de las democracias occidentales y a una reorientación de la ciudadanía, la soberanía y el territorio. Además, se señala la importancia de repensar las fronteras en favor del derecho internacional y la justicia social hacia las personas migrantes, especialmente las más jóvenes.

En lo expuesto, se propone que los migrantes pueden ser vistos como sujetos sin ciudadanía que se niegan a asumir una condición de vulnera-

bilidad ontológica. Estos han conformado *comunidades revocadas*, como la Little Haití, las cuales se han apropiado de espacios, herramientas y habilidades para hacerse ver, escuchar, contribuir y colaborar en las zonas que habitan, recubriendo, con formas innovadoras de política, sus acciones y existencias. A partir de esto, Rodríguez propone la “ecología del afecto” —bajo la noción de Spinoza— como posibilidad de pensar a esta ciudadanía a partir de la hospitalidad y la autoinmunidad, entre otros aspectos. Es en estas comunidades donde la autora encuentra el acontecimiento *por-venir*. Acaso, en la línea de comentario y entrelazamiento que hemos venido proponiendo desde Ahmed (2015), tal *por-venir* visto por Rodríguez pone en tela de juicio la consabida tensión entre el *nosotros* de la nación y el *nosotros* de la comunidad, enunciándose una geografía emotiva poderosa: “Juntos, nos odian, y al ser odiaos, estamos juntos” (243).

En su capítulo, Elena Ritondale analiza la antología *Acá soy la que se fue. Relatos sudakas en la Europa fortaleza*, coordinada por Caroline Betimes Bozzano y Lucía Egaña Rojas (2019). Esta reúne una serie de escritos desde una lírica de los afectos y del giro emotivo, realizados por personas migrantes de Abya Yala hacia Europa. Entre estos se ubican narraciones autobiográficas, versos, *collage*, ensayo y algunos dispositivos mixtos, que en su conjunto conforman un texto *queer* en diálogo con escritoras feministas chicanas. De acuerdo con el análisis de la autora, los textos comparten una perspectiva interseccional y decolonial desde la cual se rechazan los binarismos y la heteronormatividad, pero, sobre todo, hay una crítica a los métodos académicos y la producción hegemónica de saberes desde aquel continente. En modos diversos, el texto analizado por Ritondale surge de una de las preguntas que S. Ahmed (2015) propone para dimensionar los *vínculos feministas*: “¿Qué pasa cuando las feministas denuncian distintas formas de violencia, poder e injusticia?” (255); es decir, cuando se trazan vínculos, pero, al mismo tiempo, son historias diversas y de gran diferencia en cuanto a la “política del dolor” (261) que las permea.

Las, los y lxs autores de la *Antología*, a través de sus relatos migratorios, comparten aprendizajes relacionados con el desplazamiento y la decepción ante un continente que consideran sobrevalorado. Destacan la condena y la subalternidad que experimentaron por parte de los habitantes y el territorio de acogida, enfrentando violencia cultural, epistémica, estructural y de género. Los testimonios reflejan, de acuerdo con el análisis, la descalificación de las experiencias, saberes y puntos de vista, así como la asignación de estigmas como *sudakas*. Esta noción despectiva no deja de

ser un término *pegado* al odio y al racismo. Además, se les limita su agencia y se los trata como objetos necesitados de asistencia paternalista.

La autora destaca cómo los migrantes responden a través del empoderamiento y la resignificación de sus saberes situados y epistémicamente *privilegiados*, alejándose de la tradición europea. Además, destaca la forma en que se reapropian del estigma para crear discursos que señalan generalizaciones y estereotipos impuestos, reivindicando las diferencias y el conocimiento desde la precariedad y el cuerpo. De este modo, el discurso del cuerpo se convierte en un arma para quitarse vendas adheridas. En la consecución de materiales, voces y experiencias resalta la construcción de identidades desde la *ubicuidad*. La memoria y el recuerdo —como parte de la sabiduría emocional— se entrelazan con las experiencias vividas en el nuevo territorio. Estas técnicas de supervivencia bien pueden constituir modos de *emociones justas*; es decir, ahí en donde funcionan no solo para *mostrar* los efectos de la injusticia, sino también para “abrir la posibilidad de restauración, reparación, sanación y recuperación” (Ahmed, 2015: 287), lo cual es esencial *para la vida*, pero también, como traza Ritondale, para superponer comunidades justas, propias, únicas.

iii.

En el último bloque, “Populares. El decir *criminal* de la comunidad”, las expresiones corporales y de identidad provocan economías afectivas emergentes. En estos casos, lo popular, entendido como lo no prestigiado, lo alternativo, lo que proviene de hablas y expresiones desde los márgenes, reconduce al odio que se mueve por los circuitos de lo culto o lo dominante para trazar rutas que terminan por chocar con esos lenguajes *pegajosos* y *vendados* de la ley, la norma o la moral. Por ello es por lo que estrategias artísticas, como el grafiti, la música, la escritura, y de resistencia o de convivencia conflictiva con el narco o las pandillas, reorientan la idea de lo criminal, haciendo emerger colectividades inéditas, mostrando cómo es que hay un desfase entre la economía de lo tradicional y los mercados de afecto/afectación que emanan de lo pobre, de lo secundario, de lo *odiado*. En estos mundos, no es que la productividad del dominio colonial, clasista, racista y patriarcal se suspenda, pero sí que se ponen sobre la mesa voces y discursos cuyos canales de habla hacen temblar al movimiento orquestado por el acomodo de sentimientos por parte de los poderes.

Entre los *cuerpos odiados* —mujeres, niñas, pandilleros, gatilleros, grafiteros, *hiphoperos*, matones— de las juventudes, los trabajos aquí compilados parecen coincidir en los modos creativos con los que el espacio se reorganiza, se quiebra y se agrieta por no ser capaz de leer, escuchar, mirar y sentir los *otros gestos de otras/os*. En este ritmo intenso de circulación de odios —por ser pobre, moreno, mujer, niña... popular— las “rimas y rayas” de las comunidades fronterizas preguntan acerca del alcance y validez de la pedagogía, la intervención, la igualdad de género o los derechos (Domínguez); el arte y la escritura, que hacen emerger por encima de una superficie social *pegajosa* la voz y mirada de los jóvenes condenados a matar (Kaufmann), y las ficciones que imitan cosificaciones, sexualizaciones y violaciones físicas y simbólicas como resultado de esa pedagogía de lo cruel, como sabemos por Segato, que sigue habituando a los hombres a convertir a las mujeres en cosas (Carballo).

En el capítulo titulado “Rimas y rayas: reconstruyendo comunidad desde el *hip hop* fronterizo”, Héctor Domínguez-Ruvalcaba presenta un entramado compuesto por análisis teórico y trabajo de campo sustentado en entrevistas y observaciones. Su trabajo se sitúa en las coordenadas de la cultura del *hip hop* y el rap en México como expresiones de la cultura juvenil *underground* en el contexto de la frontera norte, la migración, las agresiones, el juvenicidio y la violencia contra las mujeres.

En su análisis, el autor describe cómo el grafiti, el muralismo urbano, el *hip hop* y el rap se convirtieron en expresiones estéticas adoptadas por grupos de jóvenes que conciben las calles y los barrios como espacios de autoidentificación y que, a través de ellas, buscan recuperar los sitios que les han sido arrebatados. En estas expresiones, la violencia es una característica central y punto de referencia para el arte urbano, a la manera de un *performance* estético colectivo. Ahí se inscriben formas, colores y poemas, acompañados de rabia, duelo, sarcasmo, ironía y utopía. En los dispositivos musicales y visuales que Domínguez aborda aparecen, como bien articula el autor, no solamente mensajes potentes de agencia, sino, pensamos, tecnologías de reparación, ya que explicitan el odio y la discriminación como vínculos a la vez intensos y negativos (Ahmed, 2015: 97), pero también como mensajes que refuerzan modos de ser que superan lo “ordinario” (98).

De cara al rap como expresión que enaltece y celebra el hedonismo, la violencia, el machismo y la ilegalidad, el autor encuentra que este también es un medio donde las víctimas expresan sus voces y experiencias desde un

posicionamiento crítico y afectivo-político como reacción a la narcocultura. Contra la idea de que la victimización de la ciudadanía es un daño útil para el desarrollo del capitalismo criminal, las y los jóvenes emplean el rap para hacer poesía con tintes de crítica social y como instrumento de lucha contra los males sociales que aquejan a quienes han sido despojados y existen *en y al límite*. El rap y los murales dan lugar a las voces que se lamentan, denuncian y expresan su hartazgo. Particularmente, se ha gestado una fuerte crítica a la violencia contra las mujeres con versos que estrujan y desgarran, que las retratan violentadas y desaparecidas; y alzan las voces por quienes ya no están.

En el capítulo “Historias de vida de adolescentes que cometieron homicidio: acto criminal, escritura y arte”, Ety Kaufmann obtiene testimonios de vida de jóvenes recorriendo barrios, casas, escuelas, celdas, tribunales de justicia y centros penales. Cada narración, para la autora, es única, pero a la vez cuenta la misma historia. En lo común, subyacen crianzas sin supervisión, ausencias en lo familiar y lo escolar, así como un sistema legal que les pareció incomprendible; como un *idioma extranjero*. Se trata de adolescentes que abandonaron la escuela, consumieron drogas y terminaron armados. Kaufmann afirma que son adolescentes que “esperaron una respuesta que fue insuficiente, inadecuada o nunca llegó”. A partir de sus testimonios, el trabajo parte de dos ideas. La primera es la obviedad; es decir, una lógica que se repite una y otra vez ante los ojos de instituciones y personas; una economía afectiva compartida en donde las emociones, volviendo a Ahmed (2015), el sentir fatal e indiferente, no habitan “positivamente a *nadie* ni a *nada*”, lo que sugiere que el sujeto —la persona— es solo “un punto nodal en la economía, más que su origen o destino” (82; cursivas del original). Esta es una forma de despegar *lo humano* de los procesos de *la humanidad*. La segunda idea es mucho más puntual pero igualmente certera. Las juventudes han cambiado bajo los embates neoliberales y de criminalización, pero las instituciones han permanecido intactas. Por ello la autora, en este entramado de cinismo social y afectivo, las sitúa como cómplices.

Una cuestión para resaltar es el reconocimiento, por parte de la autora, de que ahondar en el cruce de esas dos ideas significaría dar vueltas en el mismo círculo. De ahí su presupuesto de lectura: si el acto criminal es una estrategia subjetiva de reingreso a lo social, una forma de encuentro con el otro, ¿es esta la única? El arte y la escritura, que se incluyen como textos que *despegan* las emociones y la circularidad cerrada, se presentan como actos que permiten a los jóvenes transgredir y establecer otros vínculos.

Algo así como los “sentimientos queer” que permiten superar las normas de la repetición como formas creativas de “no ser” (Ahmed, 2015: 224). Con esto, la propuesta de Kaufmann se desarrolla en cuatro partes: dar voz a los invisibilizados en la cárcel, a través de la construcción de un relato en *escena social*; actos de escritura y arte como expresiones alternativas; revelar la potencia de lo artístico en esta deriva, y cerrar con la propuesta de que el arte y la escritura operan como puentes de convivencia que permiten la aparición del deseo en el sujeto en tanto sujeto de lo social; es decir, una reorientación que libera los cuerpos, a los sujetos y los cuerpos impregnados.

El trabajo ofrece ejemplos de las historias de vida, pero también de las resignificaciones que provoca en los jóvenes pensar la violencia, lo criminal y también a su persona, a la sociedad y lo popular desde la “el acto como escritura y la escritura como acto”. Así, se muestran grietas que “dejan pasar la luz” (Cohen); nuevos mapas de orientación (Gasque); relatos nuevos que dejan algo del anterior. De este modo, precisa la autora: “Cuando un sujeto trabaja en una creación, desde el movimiento produce y construye nuevos significados. Pero nunca lo llena todo, por ello el sujeto se sigue produciendo en el quehacer de la obra y en la siguiente y la siguiente”. Desde esta dinámica lectura del poder performativo y performático del quehacer artístico y escritural es que la autora reflexiona en las posibilidades no normativas del *lazo social*. En un paso por Lacan, el texto revela preguntas de enorme congruencia, como “¿es acaso el homicidio un acto subjetivo que fractura su situación de impotencia? ¿Al matar se convierten en seres hechos de nuevo para re-ingresar a lo social?”. Bajo este desvío de la mirada, lo institucional y lo legal emanan esos polos antes ocultados por la lógica tradicional y emotiva de lo moral y lo social. Con el caso del *pintor*, Alejandro, muestra cómo una nueva ruta, que se traza, evita que el sujeto se pierda y consuma en la circularidad cínica de lo carcelario. Para ella, es el arte el lugar donde se (re)produce el movimiento, y la escritura, en donde se dibujan rutas de caminos desconocidos.

En el capítulo de cierre, “*Niñas, pumas y novias*: mujeres representadas y revictimizadas en las narrativas de ficción mexicanas, colombianas y estadounidenses sobre pandillas”, Willian Carballo aborda la representación de personajes femeninos en *maropelículas* y *maronovelas*; productos de ficción en los que la presencia de mujeres dentro de pandillas y el crimen comienza a plantear algunos cambios y también mayor presencia. Carballo identifica por lo menos tres tipologías. Una de estas es *la niña, pandillera*

ruda, atlética y extrovertida, capaz de pelear en igualdad de condiciones con los machos, por lo que es calificada como “machorra”.

El autor señala cómo el rol de las mujeres ha sido obviado, cosificado o reducido tanto en las ficciones como en trabajos académicos. Esto contrasta con la realidad, pues es sabido que su papel en las estructuras del narco y las pandillas es cada vez más notorio. Como punto de partida, con esto, elabora una funcional cronología acerca de las pandillas y el papel de las mujeres, en circulación entre Centroamérica, México y Estados Unidos. Las maras, a pesar de ser espacios dominados por hombres —que ejercen su administración y control mediante recursos de violencia—, proponen a las mujeres tres posiciones: integrantes activas, novias o víctimas. Estas son, la mayoría de las veces, compartidas. Además, se detecta cómo al interior de las jerarquías criminales se reproducen las lógicas patriarcales de servicio, atención y cuidados. Con esto, la lectura de Carballo deriva a la idea de patriarcado de “alta intensidad” y la suma de mandatos de violencia, violación y asociación que promueven las “pedagogías de la crueldad” (Segato). Si en los ámbitos de la vida los hombres son habituados a convertir a las mujeres en cosas, en la ficción estas dinámicas se replican, pero no sin plantear algunas contradicciones.

El análisis narrativo realizado por Carballo incluye películas, telenovelas y series de distintos formatos y de países como México, Estados Unidos y Colombia. De este modo, reconstruye una tipología de novias, rudas, invisibles y víctimas, por lo que son sexualizadas, masculinizadas, cosificadas o victimizadas. En este entramado se proponen cuatro categorías: las novias para satisfacer, cuidar y acompañar a los mareros; las *rudas felinas* en un mundo de machos; las sin voz ni voto y ubicadas al fondo, como *decorado*, y aquellas bajo la idea de que “lo que no es de uno es de todos”, víctimas de acoso, abuso y asesinato. Entre las conclusiones se visibilizan formas de representación y victimización en las que la violencia y la dominación masculinas traspasan la ficción como resultado de pedagogías de la crueldad; es decir, economías afectivas de cosificación y basurización.

Referencias bibliográficas

- Ahmed, Sara (2015), *La política cultural de las emociones*. Olivares, Cecilia (trad.). Ciudad de México, Centro de Investigaciones y Estudios de Género-Universidad Nacional Autónoma de México.

- Álvarez, Lucía (2020), “El movimiento feminista en México en el siglo XXI: juventud, radicalidad y violencia”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. 65, n.º 240, pp. 147-175. <<https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2020.240.76388>>.
- Azpiazu, Jokin (2015), “Men and Feminism: From the Privilege of Comfort to the Uneasiness of Political Engagement in Feminist Issues”, en *Papeles del CEIC*, vol. 2015/2, pp. 1-24. <<https://doi.org/10.1387/pceic.14163>>.
- Bardet, Marie (2018), “Excursus ¿Cómo hacemos cuerpo? Entrevista con Suely Rolnik”, en V. Gago *et al.*, *8M Constelación feminista ¿Cuál es tu huelga? ¿Cuál es tu lucha?* Buenos Aires, Tinta Limón, pp. 109-130.
- Barreto, Magali (2017), “Redes sociales digitales y escalas de justicia de género en universidades”, en *Espacialidades. Revista de Temas Contemporáneos sobre Lugares, Política y Cultura*, vol. 7, n.º 1, pp. 172-202.
- Cerva, Daniela (2020), “Activismo feminista en las universidades mexicanas: la impronta política de las colectivas de estudiantes ante la violencia contra las mujeres”, en *Revista de la Educación Superior*, vol. 49, n.º 194, pp. 135-155.
- Cerva, Daniela (2021), “Criminalización de la protesta feminista: el caso de las colectivas de jóvenes estudiantes en México”, en *Investigaciones Feministas*, vol. 12, n.º 1, pp. 115-125. <<https://doi.org/10.5209/infe.69469>>.
- Clough, Patricia Ticineto y Jean Halley (eds.) (2007), *The Affective Turn: Theorizing the Social*. Durham, Duke University Press.
- Di Napoli, Pablo (2021), “Jóvenes, activismos feministas y violencia de género en la UNAM: genealogía de un conflicto”, en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, vol. 19, n.º 2, pp. 1-27. <<https://dx.doi.org/10.11600/rlnsj.19.2.4567>>.
- Fabbri, Luciano (2021), *La masculinidad incomodada*. Buenos Aires, Homo Sapiens.
- Infobae México* (2023), “Feminicidios en México registraron una tendencia al alza durante primer trimestre del año”, en *Infobae*, 25 de abril. <<https://www.infobae.com/mexico/2023/04/25/feminicidios-en-mexico-registraron-una-tendencia-al-alza-durante-el-primer-trimestre-del-ano/>> [8 de agosto de 2023].
- Kimmel, Michael (2019), *Hombres (blancos) cabreados. La masculinidad al final de una era*. Valencia, Barlin.
- Masculinismo México* (s/f), en Facebook. <<https://m.facebook.com/MasculinismoMexicoOficial>> [16 de abril de 2023].
- Mingo, Araceli (2020), “El tránsito de estudiantes universitarias hacia el feminismo”, en *Perfiles Educativos*, vol. 42, n.º 167, pp. 10-30. <<https://doi.org/10.22201/iisue.24486167e.2019.167.59063>>.
- Mingo, Araceli y Hortensia Moreno (2017), “Sexismo en la universidad”, en *Estudios Sociológicos*, vol. 35, n.º 105, pp. 571-595.
- Mingo, Araceli y Hortensia Moreno (2019), “Temor, desprecio y deseo como figuras del sexismo en la universidad”, en *Nómadas*, n.º 51, pp. 13-29. <<https://doi.org/10.30578/nomadas.n51a1>>.
- Pichot, Malena (2018), “Muerte al lugar común”, en *Página 12*. <<https://www.pagina12.com.ar/93008-muerte-al-lugar-comun>> [3 de agosto de 2023].
- Portilla, Isabella (2020), “La toma de Filosofía y Letras, feminismo en México”, en *Corriente Alternativa UNAM*, 24 de mayo. <<https://corrientealternativa.unam.mx/genero/y-los-derechos-de-las-morras-para-cuando-la-toma-de-filosofia-y-letras/>> [4 de marzo de 2023].

Sanfélix, Joan y Anastasia Téllez (2021), “Masculinidad y privilegios: el reconocimiento como potencial articulador del cambio”, en *Masculinities & Social Science*, vol. 10, n.º 1, pp. 1-24.

Varela, Nuria (2020), “El tsunami feminista”, en *Nueva Sociedad*, vol. 286, pp. 93-106.